

CORDALIA

¡No, atrás, dejad!... ¡Dios mío, si tú mismo
bajaste por las almas al abismo,
llegue yo á Satanás y suya sea
y en sus brazos me vea,
porque mi hija se salve en Agrellano!

Levantando rígida la diestra en que
va el anillo.

¡Perros, mirad qué rayo en esta mano!

Los monteros se apartan; se abre
con estupor el círculo de viejas.

¡Deshacéos ahora;
que éste es su anillo y yo vuestra señora!
¡Paso!...

CORDALIA sale al campo, á la deso-
lación de la noche, sin dejar de gritar

¡Verbena, voy!... ¡Verbena mía!
¡tu madre hace por tí!...

Y lejos, ya con una voz de bárbaro
triunfo, como si viera el alba sobre el
mundo real.

¡Despunta el día!

En escena el aquelarre continúa
frenético; unas viejas columpian á Es-
CORPINA en la llamas mientras cae el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Especie de atrio del Renacimiento en el soberbio pa-
lacio de don Félix de Agrellano. Únicamente se ve una
parte de dicho atrio, dividido como se le supone, en dos
partes desiguales por la línea de la batería. Todo el
lado izquierdo lo constituye una galería ó pórtico de
mármol, con arcos y columnas, que abre sobre un jar-
dín, trazado al modo de los jardines italianos del qui-
nientos.

Dicha galería lleva un sentido diagonal con respecto
al plano del escenario. En el muro del fondo, también
diagonal, para formar ángulo recto con la galería, un
gran portalón, que abre y cierra.

Casi toda la pared lateral derecha está abierta en un
arco, que cubre un tapiz. Esta pared es perpendicular á
la línea de la batería.

Se supone que la galería ó pórtico se prolonga por
ambos lados, más allá del atrio y que á ella dan acceso,
desde el jardín, dos escalinatas.

La cortina se levanta sobre un crepúsculo rojo y
amaranto, de tarde de verano, en país cálido. La leja-
nía del jardín tiene los oros y las púrpuras de las pale-
tas venecianas.

En primer término, á la derecha, y delante de un
lienzo en que pinta, don Félix de Agrellano. Cerca de
éste, su paje Dragonel con paleta y pinceles, le ayuda,
presentando los colores, preparando los que necesitan

preparación, limpiando los pinceles y ofreciendo la paleta para las pruebas cuando su señor, generalmente con un gesto, la reclama.

Hacia el fondo y sobre un tarima baja, de una solo peldaño, estará Escorpina, en atavío parecido al de la primavera de Boticelli y en actitud de modelo clásico.

En pie, contra una de las columnas, el mantó verde arrastrando, la cabeza ligeramente inclinada y devorando con los ojos, en una contemplación obsesionante á Escorpina, que parece envuelta en un velo de púrpura bajo aquella mirada, Monseñor Conrado Alepo.

DON FÉLIX

¿Callais, Monseñor?

ALEPO

Estuve
mientras callaba, observando
cómo, lo que os cuento, arranca
de aquellos dos ojos, rayos.

Ha señalado a ESCORPINA y se acerca á ella.

—Maravíllame, Escorpina,
si no has visto, ó no has soñado
lo que yo cuento, esta noche,
que ahora te interese tanto.

ESCORPINA

Baja los ojos, sin poder resistir la mirada de ALEPO.

Yo, señor...

ALEPO

Otra vez á Don FÉLIX.

Decid ¿no habita
la tal moza el descampado
solar de ruinas, que fueron
Torre del Morisco?

DON FÉLIX

Pidiendo la paleta á DRAGONEL.

Exacto.

ALEPO

No pudo asistir, entonces,
á lo que os digo del rapto,
que ocurrió en un sitio, lejos,
la selva entrada, en un claro,
junto á una choza y—por fondo—
dos muros negros y un árbol.

DON FÉLIX

¡Siempre fuisteis inventor
de maravillas, Conrado!

ALEPO tiene para ESCORPINA, que
otra vez baja los ojos, una mirada se-
vera.

Oro.

DRAGONEL

¿En qué tono?

DON FÉLIX

El del cielo.

DRAGONEL

No soy Dios, para hacer tanto.

DON FÉLIX

Pues más has de hacer: si no,
Dragonel, ¿por qué pintamos?

DRAGONEL prepara el color; mientras
lo espera, dice Don FÉLIX a ALEPO.

¿pero no seguís? Estábais
en lo mejor del relato.

ALEPO

Pusieron á la doncella
las gentes en mi caballo;
dió de la espuela un montero,
ganó al aire y os lo trajo.

DON FÉLIX

Que se habrá alejado unos pasos
para contemplar su obra.

Monseñor: fuera yo un hombre
como hay tantos hombres, dado
á cuentos de hechicerías,
brujerías ó milagros
y asaz estopa me dábais,
con lo que me habéis contado,
para aplicarle esta noche
todos los fuegos de un auto;
conque lo pasaréis mal
pesia, Alepo, al ser hidalgo,
habiendo en España siempre
para estos incendios pábulo
y estando el Inquisidor
de Castilla, en Agrellano.

DRAGONEL

¡Yo le he visto!

DON FÉLIX

Tiene fama
cumplida de sanguinario.

DRAGONEL

Piel cetrina. ojos ardientes,
barba corta y fino el labio,
como vuestro emperador
que pintó nuestro Tiziano.

DON FÉLIX

Conque, si es cierto que viene
para el lance del retablo,
nuestra amiga la Gaifera
va á encontrarse en un mal paso.

ALEPO

A ESCORPINA.

Por cierto ¿es cierto, Escorpina,

que yo te he visto, rondando
del Inquisidor la casa,
no era aún día, en Agrellano?...
Llamáronte á declarar,
me has dicho, en lo del Retablo...

ESCORPINA

¿Yo, señor? Ni os ví, ni os dije...

ALEPO

Será sueño; no hagas caso.

DON FÉLIX

Que ha vuelto á sentarse y pinta.

¿Sospechais, Conrado Alepo,
que pretendan complicarnos,
porque sus amigos somos
de la Gaifera en el caso?

ALEPO

Es posible.

DON FÉLIX

Nada temo.
 Yo burlo de ello. Mis labios
 besaron á Italia, en Nápoles:
 conqué me afirmé de humano.
 La galera veneciana
 que herido á España me trajo,
 recordará mis vigiliás
 leyendo en latín á Erasmo
 Pinto; es decir que soy reo
 de hechicerías en qué hago
 de humana materia un culto
 y del color un milagro:
 para arrancarle á la vida
 todo el misterio, quebranto
 la misma muerte, esto es,
 que sigo en el cuerpo humano,
 por la quemazón que deja,
 del alma extinguida el paso;
 no creo en hechizos, sombras,
 fantasmas, visiones, trasgos:
 iniego el misterio y así
 cojo el mundo entre estas manos!

ALEPO

Holgárame de seguiros,
 don Félix, mas no lo alcanzo;
 creo en el misterio, que es

tan sutil, el de Agrellano,
 que para entrarse, á las veces,
 por los mejores palacios,
 cala y atraviesa y filtra
 lo más espeso del mármol.

Una breve pausa; después de ella,
 en que los dos amigos se han mirado,
 Don FÉLIX, con voz algo más grave,
 pregunta:

DON FÉLIX

¿Quereis decir?...

ALEPO

Con ligereza, para quebrar la situa-
 ción.

¿Hoy, qué os pasa,
 señor, que de cuanto os hablo
 recelais?

DON FÉLIX

¿Pues vos quereis
 que dé crédito al relato
 de la doncella durmiente
 y de su hechizo y del rapto
 y de apuestas y de orgías,

á luz de luna y en sábado?..
 —Sois hidalgo: en Roma he sido
 vuestro camarada y hago
 profesión de haceros honras,
 huésped mfo, en Agrellano;
 sabéis física, gramática,
 letras, ciencia y tenéis trato
 de Monseñor, por un sello
 que os dió un Cardenal romano;
 pues, por cuanto tantas prendas
 concurren en vos, no es caso
 para que rendido apruebe,
 para que os crea forzado,
 cuando vos pasáis la linde
 de lo posible y lo humano.

ALEPO

Avanzando hasta Don Félix y dan-
 do un tono de persuasión á la voz.

Ayer, entrada la noche,
 seor don Félix, ¿no cenamos
 en casa de la Gaifera?

DON FÉLIX

Como otras tantas.

ALEPO

¿Y un claro
 vino de Chipre, al caer,
 no hizo de ámbar nuestros vasos?

DON FÉLIX

Pudo ser... y aun si sería
 y aun sospecho si pasamos,
 abusando en las botellas,
 la medida de los vasos;
 que en este punto, los hilos
 de mi recuerdo enmaraño,
 conque al fin, todo en el Chipre
 vendrá á quedar explicado.

ALEPO

Sois vos tan buen bebedor,
 don Félix, que yo no os hago
 juguete, en tan pocas horas,
 de un Chipre de pocos años;
 quisísteis en montería
 salir después á los gamos,
 que, con la luna, afirmábais
 que era un famoso aparato.

DRAGONEL ha ido junto á la tarima, donde ajeno al relato, pretende charlar con ESCORPINA; ésta no le hace caso, y ambos acaban por prestar atención creolente al diálogo de los dos amigos.

DON FÉLIX

No recuerdo...

ALEPO

Las jaurías
en un punto atraillamos...

DON FÉLIX

No recuerdo.

ALEPO

Y viendo entonces
á la doncella...

DON FÉLIX

¿En un claro,
junto á una choza, y de fondo
dos muros negros y un árbol?

ALEPO

¡En donde fuera!... La visteis
y exclamásteis: "¡Diera al Diablo
mi alma porque fuese mía,
si espíritus pueden tanto!"
Yo os dije: "Eso puedo yo".
Y vos preguntásteis: "¿Cuándo?
Decidme un plazo". "¡Mañana,
y en la casa de Agrellano!"
No hablé más; no hablásteis más
y os fuisteis, siguiendo un rastro.
Quedéme atrás, quise; fué.
—Del resto ya hice el relato.

DON FÉLIX

Caviloso.

¡Pues, si no es burla, por Dios
que me vais interesando!

Deja sus pinceles y dice:

—Cambia la ropa, Escorpina;
Dragonel, limpia esos palos.

Intrigado vuelve junto á su amigo; entretanto DRAGONEL viene á cumplir sus órdenes y ESCORPINA, sin dejar de atender al diálogo con toda su alma, se dispone á salir por la lateral derecha.

ALEPO

A Don FÉLIX, con absoluta naturalidad.

—¿No os ha dicho la doncella si mis gentes la trataron como cumple á servidores de un Monseñor italiano?

DON FÉLIX

Otra vez confundido y caviloso.

¿Qué doncella?

ALEPO

A DRAGONEL.

¿Cómo llaman si tú lo recuerdas, Drago, á la hija de la mendiga Cordalia?

ESCORPINA

Que en este instante iba á salir con cierta intención y mirando á ALEPO.

Aquí los villanos Mari-Verbena la llaman.

Sale por la lateral derecha.

DRAGONEL

Naciendo, la bautizaron María, como á la Madre de Dios.

ALEPO

Eres docto, Drago; pero el nombre preguntaba, lo demás no viene al caso.
—¿No os dijo si mis monteros le han puesto en dobles un manto para aferrarle las puntas del arzón de mi caballo?

DON FÉLIX

¿Pues cuándo pudo decirlo, Monseñor? ¿La he visto acaso?

ALEPO

¿No la visteis?

DON FÉLIX

¿Cómo y dónde?

ALEPO

¡Comprendo, entonces, el pasmo
con que me oís!... ¿No la visteis?
¿Ni otras gentes del palacio
Dragonel, ni tú tampoco
la has visto, ni la has hablado?

DRAGONEL

*Con sincera emoción de credulidad,
extrañeza y miedo en la voz.*

No; pero recuerdo bien
que á la aurora resonaron,
dispertándome en zozobra,
por el jardín, unos pasos

A Don FÉLIX.

Sobre la alfombra del césped
me parecieron tan raudos
que, por si eran de ellos, quise
contar vuestros doce gamos.

DON FÉLIX

No es el lance, Dragonel,
para que me abras los párpados
de tal modo, ni en tal susto
te ponga.

DRAGO

Es que estoy dudando
de lo que os digo, don Félix;
porque, al oiros del rapto,
vine á perder el sentido
de lo vivo y lo soñado
y ya me doy á pensar,
Dios me perdone, si al cabo
dirán verdad los que dicen
que el diablo está en Agrellano

ALEPO

¡Y en todas partes; porque es
mucho andariego el Diablol

DON FÉLIX

*Desde el segundo término junto al
cuadro, adonde pasó; con cierta mala
voluntad, que no logra esconder.*

¡Me holgara yo de poder
toparle, si es cierto, al paso!

ALEPO

Enigmático y frío pero con intención.

Buscad, si hallarle queréis...

DON FÉLIX

¿Qué sitio?

ALEPO

Los despoblados,
donde haya torres caídas,
pozos muertos, muros agrios,
ó viejas columnas rotas
con hebras de jaramago.

DON FÉLIX

¿Y él es de bulto?

ALEPO

O lo finge.

DON FÉLIX

¿Gran señor?

ALEPO

Según los casos;
es hábil.

DON FÉLIX

¿Juega la espada?

ALEPO

¡Qué comezón os ha entrado!
Con fintas, mañas y astucias;
que tiene el juego italiano,
¡dicen!

DON FÉLIX

Me alegra saberlo,
por si un día viene al caso.

ALEPO

Yo hablo lo que hablan.

DON FÉLIX

¡Y sois
muy fino hablador, Conrado!

D. FÉLIX, que tiene cogido con ambas manos, y de una parte el bastidor del lienzo, dice á DRAGONEL:

Coge de esa tabla, á ver
si el armatoste apartamos.

Salen, llevándose el lienzo, DRAGONEL y Don FÉLIX por la lateral derecha. Casi tropiezan con ESCORPINA que llega aprisa, vistiendo otra vez las usadas ropas del acto primero. Se hacen á un lado para dejarla pasar. ESCORPINA espera que desaparezcan ellos para hablar á ALEPO, diciéndole.

ESCORPINA

¡Mari-Verbena aquí!... ¡los logros, ella!
¡yo, sólo los deseos!

ALEPO

Con desdén y frialdad.

¿Qué murmuras, mujer?—No te conozco.

ESCORPINA

Soy la que ayer, saltando de mi lecho,
con un conjuro, os franqueó las ruinas
en la mitad del círculo de fuego.

ALEPO

Aparentando más naturalidad en el
tono cada vez.

Sueñas despierta. O, porque ayer soñabas,
quieres hacer realidad del sueño.

ESCORPINA

¿No os he visto en las Ruinas?...

ALEPO

Bien podías:
gritó Cordalia tanto, que el secreto
del raptó hizo imposible.

ESCORPINA

¿A mis conjuros
no respondisteis, Monseñor, viniendo?

ALEPO

Yo me respondo siempre á mi, Escorpina;
voy á lo mío y con lo mío vuelvo.
Piensa bien: no me viste ayer: ¡soñaste!
los deseos son brasa... humo los sueños...

Baja la voz y se acerca á Escorpina: transición.

—¿Conoces á Cordalia?... Háblame de ella. —
Quince años de la tierra estoy viviendo
siempre á la espera suya y siempre en balde;
siempre en su corazón, y siempre lejos.
¡Pero esta noche!...

ESCORPINA

Con tono de celoso despecho.

¿Por Cordalia, entonces,
vinísteis á las Ruinas?

ALEPO

Fuí, sirviendo
las voluntades de un amigo.

ESCORPINA

¿Acaso,
de don Félix?... ¿trajísteis á su lecho,
robándola, ayer noche, de las ruinas
á la gentil Mari-Verbena?...

ALEPO

Interrumpiéndola, sarcástico.

¡Pero,
me servía, sirviéndole, á mi mismo!
Hoy, la que ayer mi presa, es mi señuelo:
pensando en la raíz, cogí la rosa;
por traerme al pastor, hurté el cordero,
¡Cordalia está en mis manos, porque, en ellas,
la salvación de su Verbena tengo!

ESCORPINA

¿Luego amáis á Cordalia?

ALEPO

Esas palabras,
dime, Escorpina ¿significan celos?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1428 MONTERREY, N.M.L.

ESCORPINA

¡Significan que nunca será vuestra Cordalia!

ALEPO

Sonriente.

¿Nunca?

ESCORPINA

¡Yo os lo juro, Alepo!

ALEPO

¿Tienes tanto poder?

ESCORPINA

Tengo odio ¿es poco?

ALEPO

Menos podía ser...

ESCORPINA

¡Y tengo celos!
¿ya, para qué negarlo?—Lo temía desde ayer noche: realidad ó sueño, siento vuestro desdén sobre mis ansias y dime prisa á la venganza.

Antes de salir, afrontando cara á cara á Monseñor ALEPO y aludiendo á sus palabras en la escena anterior:

— Es cierto:

delaté al Tribunal la hechicería
los cuadrilleros de la Santa, ha tiempo que buscan á Cordalia y á vos mismo: yo os merecí desdén; ¡así me vengol
¡Antes que sea vuestra en esta vida, muera Cordalia!

ALRPO

Y lo será en lo Eterno

ESCORPINA pronunció sus últimas palabras, con un siniestro gesto de amenaza, bajo los pórticos del atrio y enseguida, sin pararse á oír la contestación de ALEPO, desaparece en la oscuridad, como una llama que se deshace en el aire. ALEPO la sigue unos pasos y dice, como para sí:

—El mal se añade al mal. Una ley negra,

bajo la ley de luz, ata los hechos:
que, en la pasión amalgamados, ¡todos
nos servimos y no nos conocemos!

El brazo de DRAGONEL levanta el
tapiz de la lateral para dar paso a
Don FÉLIX. Monseñor ALEPO se va
apresuradamente por el fondo di-
ciendo:

Si uno es el fin ¿me importarán los modos?
¡Don Félix! el instante apresuremos.

Entran DRAGONEL y Don FÉLIX.
Casi cerró la noche por completo.
Don FÉLIX se dejará caer preocupado,
en un sillón.

DON FÉLIX

Dragonel.

DRAGONEL

Estáis triste, ¿qué os aflige?

DON FÉLIX

¿Se ha podido entender por lo que dije?

DRAGONEL

Yo lo adivino en vuestro
callar; que sois mi dueño y mi maestro.

DON FÉLIX

Y es verdad, Dragonel; lo que cabría
en las palabras del afán del día,
lo que cumple á la mano
ó á la razón, me tiene satisfecho.

En pie, andando de acá para allá
inquieto.

Sólo tiene motivos de alegría
mi corazón; pero perdió su día.

Se ha vuelto á sentar y ha hundido
la cabeza en su pecho; DRAGONEL, á
sus pies, dice:

DRAGONEL

Serán siempre unas flores
que misteriosamente, en la ventana,
al abrirla, encontráis cada mañana
las que os hacen sufrir.